

PRESENTACIÓN

MAESTRO DE ENTUSIASMO

VÍCTOR J. VÁZQUEZ

Decía José Bergamín que la pasión razonadora es una razón descorazonadora. Lo que nos subyuga no podría ser, desde su mirada, objeto de explicación ni tampoco de juicio, salvo que queramos desencantar, desacralizar y, llegado el caso, impugnar aquello que amamos. Es sobre ese desgarramiento sobre el que, entre otras cosas, nos advierte el Pascal de sus *Pensées*, quien, jugando también con la paradoja, escribirá aquello de que «el corazón tiene sus razones que la razón no entiende». A los límites de la razón respecto de la emoción y, en concreto, de la emoción estética, se ha apelado singularmente en el mundo de la creación, sobre todo desde el momento en el que el arte no quiere ser otra cosa que arte y aspira, por lo tanto, a abstraerse de cualquier juicio que no provenga de su propia esfera emocional. Como señala Pierre Bourdieu en *Las reglas del arte*, este pulso por mantener lo artístico fuera del juicio de la razón ha salvado de una merecida parodia a aquellos creadores que, al margen del mérito y apelando a lo inefable, se han autoimpuesto la medalla de la genialidad. Al mismo tiempo, la sublimación de la emoción puede servir para liberar al espectador de cualquier ejercicio reflexivo no ya sobre la estética de lo que ve, sino respecto a su propia ética. Desde luego, esto ha podido reportar sus réditos, pues, dentro de esta inmunidad, el artista ha actuado muchas veces como un fértil profanador del tabú social. Sin embargo, allí donde el arte desafía la realidad al manifestarse sin representación, como la vida en bruto, parece inevitable afrontar la cuestión de qué hacemos filosóficamente con aquello que nos entusiasma. Una de esas manifestaciones brutales de la existencia artística, «como escuela más sobria de vida y verdadero juicio final», es, sin duda, la corrida de toros, y en este libro que tengo el honor de presentar, el arte de matar reses bravas se somete al

tribunal de la razón por parte de quien se puede considerar, sin hipérboles, como uno de los grandes filósofos vivos: el profesor Francis Wolff.

Se cumple aquí la consabida sentencia que proclama que todo lo que no es autobiografía es plagio. Desde una juvenil epifanía en la plaza de Nîmes, el profesor Wolff ha vivido con los toros la historia de una pasión promiscua. Si mal no recuerdo, son más de 1.200 paseillos los que ha visto ya este filósofo, que es, desde hace décadas, parte del paisanaje habitual en los tendidos de las principales ferias de España y Francia. Discípulo de autores como Derrida, Althusser o Foucault, la obra de Wolff se puede ubicar en la estela del humanismo clásico, en tanto consagrada a la constatación y defensa de la singularidad humana y, a su vez, del cosmopolitismo como única utopía contemporánea moralmente viable. No es Wolff, por lo tanto, un autor que se sitúe en el comunitarismo o el relativismo moral, o que defienda la inconmensurabilidad e impunidad de las culturas. Por eso mismo, la filosofía de las corridas de toros que aquí esboza es el testimonio de una pasión sometida al exigente tribunal de un racionalismo sin concesiones antropológicas.

En cualquier caso, como comprobará el lector, cuando reviva, a través de estas páginas, faenas de Curro Romero, Paco Ojeda, Santiago Martín «El Viti»... o del maravilloso José Tomás, esta filosofía es también, en su tradición francesa, la confesión de la pasión y, con ello, en la práctica, la refutación de esa negación bergaminiana de la pasión razonadora con la que empezábamos estas páginas. En su impagable *Carta sobre el entusiasmo*, Anthony Ashley-Cooper, tercer conde de Shaftesbury, le dedica unas páginas a la relación entre pasión y conocimiento que no puedo dejar de citar a propósito de Francis. El entusiasmo, nos dice el inglés, «es quizá lo único que puede hacer que un hombre sea enteramente sincero», y es también, en esa veracidad espiritual, un instrumento para la transmisión de una forma de saber porque «para poder conmover a los demás, primero debemos haber sido conmovidos nosotros mismos». El entusiasmo es, por lo tanto, una fuerza a la que no debemos plegarnos fanáticamente, pero tampoco

destruirla mediante una racionalización despreciativa. Hay así que aprender a discernir el origen de lo que nos entusiasma. Es ese encauzamiento del entusiasmo, como pasión cognoscitiva, el que creo que vertebra esta obra de filosofía taurina que resulta indispensable en las librerías de los partidarios de la fiesta, pero que cualquier persona con curiosidad intelectual disfrutará, pues encontrará en ella una delimitación clarividente de la singularidad del toreo como arte y, a su vez, una teoría que, en la senda solo intuita por Ortega y Gasset, ubica este oficio de lidiar reses bravas como manifestación sublime y arquetipo de esa «intransferible responsabilidad de vida» con la que cargamos todos.

El profesor Wolff es un aficionado de los que se levanta a aplaudir y a pedir la oreja con la dicha propia de los niños que recién se encuentran con la fiesta. Reconoce el nombre de los pasodobles a los primeros compases y le gusta cantar de júbilo en las tardes de triunfo. Apunta minucioso en su interminable agenda taurómica los trofeos repartidos en cada corrida y luego peregrina, junto con la inseparable Françoise, a alguna taberna para comentar con los cabales los mulatazos más señalables. Aficionado antinostálgico y vital, encarna, este filósofo, una ética de la alegría que hace aún más desbordante su magisterio intelectual. En Sevilla, ciudad a cuya feria acude de forma impenitente desde hace ya no sé cuántas décadas y donde dio el Pregón Taurino que precede a la Feria de Abril, Francis disfruta de una suerte de estatus adoptivo. Es por todo ello por lo que esta colección de imprescindibles y raros de la tauromaquia que emprende la Fundación de Estudios Taurinos junto con la Real Maestranza de Caballería solo podía abrirse con la *Filosofía de la corrida de toros* de este primer espada del pensamiento, maestro del entusiasmo, que es el profesor, el gran amigo, Francis Wolff.

PREFACIO

¿FILOSOFAR SOBRE LA CORRIDA DE TOROS?

Se trata, ante todo, de un intento de traducción: ya que no le es dado curarse de sus pasiones, un filósofo debe esforzarse por expresarlas en el idioma de la razón. Se trata también, por tanto, para el autor de estas líneas, de saldar una deuda: devolver a la fiesta de los toros algo de la experiencia singular que brinda y de los mil goces que le procura, trasponiéndolos a una lengua extranjera y universalmente accesible, la de los conceptos y los argumentos. Se trata, en suma, de hacer de un objeto de amor un objeto de pensamiento. Como toda gran obra humana, la corrida de toros engendra otras obras: obras de arte, de otras artes. Pintura, escultura, música, cine, todas ellas han acudido a sus citas. Pero también engendra discursos. La corrida de toros tiene sus teóricos, autores de «tauromaquias», la más venerable de las cuales es la famosa *Tauromaquia o el arte de torear de pie y a caballo* (1796) de Pepe Hillo. Tiene sus historiadores. Tiene sus críticos. Tiene sus lexicógrafos y sus enciclopedistas. Tiene sus novelistas, sus poetas, sus cuentistas. Tiene, evidentemente, sus sociólogos y sus psicólogos. Tiene sus antropólogos. Pero, si bien se recuerdan los nombres de algunos filósofos a los que interesó, si bien se conoce a filósofos a los que apasiona, son pocos los que se han aventurado a filosofar sobre ella¹.

Parece una empresa incongruente. ¿Qué sentido puede tener «filosofar» sobre un arte, menor donde los haya, o sobre un juego, por serio que sea? No es que haya temas inconvenientes o asuntos demasiado fútiles para la filosofía. Por lo demás, la corrida de

1. Excepciones notables: el hermoso ensayo de Víctor Gómez Pin, *La escuela más sobria de vida. Tauromaquia como exigencia ética*, Madrid, Espasa Calpe, 2002; y de Alain Renaut las convincentes defensas de las corridas en nombre de los valores humanistas: por ejemplo, en «L'esprit de la corrida», *La Règle du jeu*, París, Grasset, 1992. Ver también las notas de José Ortega y Gasset, en *La caza y los toros*, Madrid, Espasa Calpe, 1962.

toros no es ni inconveniente ni fútil, sino, si acaso, edificante y grave más bien. Infunde a quienes la aman y la comprenden emociones y alegrías tan profundas y refinadas como las artes más estéticamente correctas. Es más bien que no se sabe cómo podría la filosofía abordar la corrida de toros. No se sabe siquiera lo que es: juego, rito, arte, espectáculo, deporte u otra cosa o todo ello a la vez. Hay una filosofía del juego, una filosofía del arte, se puede filosofar sobre los ritos, los espectáculos o los deportes, pero no puede haber ideas sobre lo que no pertenece a ninguna categoría. Así, pues, que los no filósofos se tranquilicen, que aquellos a los que la propia palabra «filosofía» espanta (o aburre) se tranquilicen; no hay que tomarla al pie de la letra en este caso: las páginas que siguen no constituyen un tratado en toda regla sobre «la esencia de la corrida de toros» ni encontrará el lector en ellas argumentación rigurosa alguna, de principios a consecuencias, sobre su «fundamento último». Y aprovechemos esta consoladora noticia para tranquilizar a los no aficionados: también ellos podrán entenderlo todo. Como la filosofía comparte con las corridas de toros la funesta imagen de ser un lugar reservado a los iniciados y protegido por una jerga abstrusa, podemos avisar a los profanos en esas dos materias de que nos hemos esforzado por evitar el falso tecnicismo y la jerigonza que, en este como en otros casos, suelen servir exclusivamente como signos totalmente exteriores de distinción². Resulta posible interesarse por lo que llamamos la «filosofía de la corrida de toros» sin haber leído nunca un libro de

2. No podía privar mis afirmaciones —sin despojarlas de su sentido o reducirlas a algunas abstracciones— de alguna ilustración precisa: con excepciones ínfimas (algunas corridas «históricas» célebres), he recurrido exclusivamente a recuerdos personales procedentes de las 1.200 corridas, más o menos, a las que he tenido oportunidad de asistir desde 1969 hasta la primera edición de este libro (2007); en esos casos cito, como en relación con cualquier otro arte escénico, sucesivamente el lugar, la fecha y el nombre de los artistas, es decir, el del torero y el del toro... o al menos el de su ganadería. Tampoco podía eliminar de ellas sin edulcorarlas o privarlas de su pertinencia todas las referencias a fases, acciones, suertes, gestos determinados y, por tanto, dispensarme de recurrir a un mínimo de vocabulario técnico.

filosofía ni recordar las lecciones de los últimos cursos del bachillerato, sin haber visto nunca una corrida de toros ni haber correteado a la menor vaquilla.

Sea lo que fuere, la corrida de toros se presta al análisis conceptual cuando atañe a los valores. No se sabe bien lo que es, pero se disputa acerca de lo que vale. La duda sobre su «naturaleza» y las diferentes posiciones que esa perplejidad engendra deben ser recordadas como «prólogo» a cualquier otro análisis. Nos ha gustado escribirlo en forma de diálogo «socrático», pues Sócrates se negaba siempre a responder a las cuestiones de valor sin haber examinado previamente las de definición... y con frecuencia éstas resultan irresolubles (¿acaso no es así en el caso de la inclasificable corrida de toros?). Así, pues, el resto del libro está dedicado a la cuestión de los valores. Los hay de dos clases: éticos y estéticos. Las corridas de toros son un combate a muerte entre un hombre —hombres— y un toro «salvaje». No es una definición, sino apenas una descripción... inexacta, incompleta, discutible, pero plantea una primera interrogación: ¿es moralmente defendible dar muerte así a animales? A esa interrogación, formulada desde el exterior de la corrida de toros, no se puede responder sin interrogar nuestros deberes para con los animales en general y sin preguntar a la propia corrida de toros, desde el interior, lo que nos enseña sobre dichos deberes, pues es portadora de una auténtica moral animalista por los valores que atribuye al toro y por las normas de su combate, lo que nos mueve a interrogarnos por el sentido de esa ley extraña y necesaria que exige la muerte del toro de lidia: ¿se trata del fin de un sacrificio ritual? ¿Se trata del término de una epopeya heroica?

Otra vertiente del problema ético planteado por las corridas de toros ya no se refiere al animal, sino al hombre. Ahora bien, los valores con que está investido el torero parecen simétricos precisamente a los del toro, ya que unos y otros son las virtudes heroicas del combatiente: «ser torero» es indudablemente una forma de *ser*, de conducirse, de «estilizar la existencia propia» (Michel Foucault), de identificarse con la función propia; es una determinada manera de exponerse sin mostrarlo, de dominar los acontecimientos dominándose a sí mismo y de prometer una victoria

sobre lo imprevisible. Dos toreros excepcionales —Paco Ojeda y José Tomás— ilustran de la forma más radical —y opuesta— esa ética de la libertad mediante el combate. ¿Es Sebastián Castella el heredero de esos dos maestros del «aguante»?

Pero la corrida de toros no es sólo una lucha a muerte o su conversión en espectáculo... cosa que siguió siendo hasta el final del siglo XIX. Desde el comienzo del siglo XX y lo que se ha podido llamar la revolución formal de Juan Belmonte, pasó a ser una clase de arte. Así, pues, los valores éticos van emparejados con los estéticos. De hecho, lo que es un «arte» no es seguramente la corrida misma, sino lo que se llama *toreo*, es decir, la acción del torero que engaña a los toros cuando, equipado con un simple capote o una muleta, provoca y esquiva las sucesivas embestidas. En efecto, el toreo obedece a las reglas más clásicas de las bellas artes (pintura, música, literatura) y responde a la exigencia fundamental de todo arte humano: dar forma a una materia. El toreo es el arte de dar forma humana —familiar— a un material en bruto... o al menos extraño, la embestida del toro: equilibrio de las líneas y los volúmenes en tensión opuesta, como en la obra plástica, concordancia de los acontecimientos consonantes o disyuntos, como en la obra musical, bodas del azar y la necesidad, como en cualquier actuación única. Ese arte pone la mira en el valor estético por excelencia de las artes clásicas de la representación, el más conmovedor y caído en desuso de los valores: la belleza. Belleza paradójica sobre un fondo de sublimidad, armonía conquistada a la tensión, la desmesura y el caos, en el caso de un arte que no lo es en verdad, ya que está asediado por la presentación en bruto de la realidad y la muerte. Y después, ¿qué queda de todo eso? Conceptos estéticos, argumentos éticos, tal vez... o tal vez sólo el eco intraducible de una experiencia singular, cierta alquimia de los placeres y los días.

NOTA A LA EDICIÓN

Este libro, originalmente titulado *Philosophie de la corrida*, fue publicado por primera vez en español por la editorial Bellaterra, en 2008, y se reedita ahora en una traducción totalmente revisada por el autor. La edición original en francés apareció en la editorial Fayard, en 2007, y desde 2010 está también disponible en formato de bolsillo, publicado por la editorial Pluriel.

Algunos de los capítulos tuvieron su primera versión en estudios ya publicados. Una versión diferente del prólogo fue publicada en español en la difunta revista *Taurología*, n.º 2, Madrid, invierno de 1990. Una versión diferente del capítulo 1 fue publicada con el título de «Le statut de l'animal dans la corrida», *Cahiers philosophiques*, n.º 10, CNDP, 2005. Algunos de los materiales del capítulo 2 proceden de una contribución en español a la *Revista de Estudios Taurinos*, n.º 16, Sevilla, 2003; otros, de dos artículos bilingües de *Clarín Taurino*, Bilbao, agosto de 1996 y 2000. Algunos de los elementos del capítulo 3 sirvieron para una comunicación en el Congreso Internacional de Sevilla, 2001, reproducida en Antonio García-Baquero González y Pedro Romero de Solís (comp.), *Fiestas de toros y sociedad*, Universidad de Sevilla, 2003; otros fueron utilizados en una comunicación en el coloquio «Éthique et esthétique de la corrida» (École Normale Supérieure, París, diciembre de 2005). Una versión diferente del capítulo 4 fue publicada en *Clarín Taurino*, Bilbao, agosto de 2003. Una pequeña parte de los materiales del capítulo 6 fueron utilizados en un artículo en español en *Taurología*, n.º 1, otoño de 1989. Una versión bilingüe sensiblemente diferente del capítulo 7 fue publicada en la revista *Clarín Taurino*, agosto de 2005, a cuyo director, Alfonso Carlos Saiz de Valdivieso, saludo aquí por la calidad de su labor de editor y promotor de las corridas de toros.

PRÓLOGO

¿QUÉ ES LA CORRIDA DE TOROS? (SÓCRATES Y LOS TOROS)

Para hablar pertinentemente de algo, sea lo que fuere, habría que poder definirlo. Al menos eso es lo que se repite desde los ‘Diálogos’ de Platón: el primer deber de quien quiere hacer de filósofo es determinar aquello de lo que habla; hay que decir «lo que es» antes de intentar decir «cómo es» (bueno o malo, bello o feo) a fin de poder decir «por qué es» (conmover, escandaloso, magnífico...). Ahora bien, a duras penas puede decirse a qué género pertenece la corrida de toros. En vano buscaremos la rúbrica en la que leer sus crónicas en los periódicos (¿Deporte? ¿Cultura? ¿Bellas artes? ¿Sociedad?), no sabemos de qué ministerio depende su administración (¿Agricultura? ¿Interior? ¿Educación y Deportes? ¿Cultura?), no sabemos en qué clase de actividad clasificarla (¿Rito? ¿Juego? ¿Deporte? ¿Arte? ¿Espectáculo?). ¿Será como un drama inclasificable, el ornitorrinco de las actividades humanas, un desafío al orden establecido, entre juego y seriedad, entre profano y sagrado, entre representación y realidad, entre tragedia verdadera y ‘performance’ plástica?

Personajes: Sócrates, filósofo; y, por orden de aparición: Empirión, Génesis, Doctos, Agón, Atlos, Calímaco, Histerión y Sacerdos, aficionados.

Un rumor confuso se alzaba a lo lejos en la atmósfera cálida. La fiesta volvía a apoderarse de la ciudad. Algunos compases de un pasodoble se deslizaban hasta el fondo del café. ¿A quién le importaba? La conversación estaba animándose. Se trataba de determinar si el «tercer toro» había sido bravo o no. Atlos así lo había considerado, cosa que enfurecía a Doctos: «Siempre has de confundir bravura y poder —acusaba—. No porque haya derribado dos veces al picador...». Atlos, con gesto tan amplio como podía hacer temer su anchura de hombros, había derribado su copa de fino: «Seguro que tú prefieres las cabras que nos presentaron ayer...». El corto